

EN EL 5.º ANIVERSARIO DEL PROF. M. F. SCIACCA

SISIFO SUBE AL CALVARIO, VISTO POR SCIACCA

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

Cuando aparezca este número 181-182 de VERBO, se habrá cumplido el quinto aniversario del fallecimiento de nuestro maestro y muy querido amigo el Profesor Michele Federico Sciacca. Al dar la noticia de su muerte, en VERBO 133-134, concluíamos afirmando que sus enseñanzas seguían vivas para nosotros. Y continúa siendo así. Podrá haber disminuido el número de veces en que su nombre aparece de modo expreso en nuestras citas, pero la penetración de su pensamiento en nosotros, su siembra de ideas, creemos que sigue enriqueciéndonos y haciendo fructificar nuestros trabajos. Incluso en ciertos temas que él nunca profundizó, también sus enseñanzas nos han ayudado para alcanzar una más amplia perspectiva y una más nítida visión.

Mejor que nadie, él nos enseñó que la realidad de los seres y de las cosas no basta examinarla por la inducción y los juicios prudenciales, sino que también es preciso contemplarla desde lo alto iluminándola con la luz que Dios ha puesto en nuestra razón. La doble vía del conocimiento, que hace siglos el Aquinatense nos mostró, se enriquece recíprocamente de ese modo, en una interacción fecunda; nuestra *sindéresis* es más rica y resultan más lúcidos nuestros juicios prudenciales de lo inducido. *Sensum naturale y bona ratio* —*seny natural y bona rabó*, en expresión de los juristas catalanes clásicos aplicada al hallazgo de lo justo— son interdependientes: la visión de la cosa en sí misma se completa con el conocimiento de las consecuencias que de ellas se derivan, y aquéllas en sí mismas dotan de sentido a éstas.

En grado más elevado, el ser, los actos y las obras, en relación al Ser absoluto y a su orden, adquieren una perspectiva y un sentido, que se pierde con las visiones incompletas que oscurecen nuestra inteligencia y nos hacen caer en la estolidez —*invecilità*— de las visiones incompletas que pretenden ser totales, la principal de las cuales se encierra en el laicismo.

Personalmente me considero el último discípulo del profesor Sciacca, es decir: llegué a él en su última etapa cuando releía, repensaba y revivía a Santo Tomás de Aquino. Por eso, en mi recuerdo, recogido en los *quaderni della "cattedra Rosmini"*, número 8, aparecidos en 1976, expresé que agradecía al maestro la claridad con la cual, en el último curso que enseñó en Stressa y al que tuve el privilegio de asistir, nos ayudó a penetrar en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, mostrándonos lo que el Aquinatense reelaboró, no solo de Aristóteles sino también de Platón, y haciéndonos ver cómo, además del camino de la inducción, por el que se asciende desde los efectos hasta las causas, Santo Tomás enseñó que a veces se podían alcanzar los primeros principios, las ideas, captándolas de esa realidad que perciben nuestros sentidos, pero más allá de lo que éstos perciben, por una facultad de que está dotado nuestro intelecto, que no tiene innatas esas ideas —a diferencia de lo que pensaba Platón—, sino que por una aptitud propia nuestra las obtiene directamente de la realidad que percibimos. Esa facultad, que sin duda con la experiencia se desarrolla y educa, tanto en nuestra razón teórica como en nuestra razón práctica, la poseía en grado sumo nuestro llorado, querido e inolvidable maestro.

Para recordarle, en ese quinto aniversario suyo, nos ha resultado evocador el título de una de sus obras, SÍSIFO SUBE AL CALVARIO, título *fantástico*, según lo calificó Sciacca en su prefacio, bajo el que recogió varios ensayos escritos en un lapso de nueve años, pero que, a su juicio, tienen "una cierta unidad en lo que a intuición e inspiración se refiere".

Asombra lo actuales que nos resultan hoy los grandes mitos griegos de Prometeo, Sísifo, Icaro, Tántalo. ¿A qué olvidada experiencia histórica o a qué genial intuición obedecieron? O bien,

simplemente, ¿captaron a nivel personal lo que hoy comprobamos a escala social y a nivel de civilización?

Sísifo, en el libro de Sciacca, es mencionado pocas veces: en el título de la obra, en los de cada una de sus partes y cinco veces más, pero está implícito en toda ella, personificando al hombre moderno en el esfuerzo de su razonar.

SÍSIPO APUESTA POR SÍ MISMO, se titula su primera parte. Los ensayos en ella recogidos —nos explica Sciacca en el prefacio—, “a través del examen crítico de algunos momentos esenciales del pensamiento contemporáneo, pretenden demostrar que cuando el esfuerzo del hombre se tiene a sí mismo como fin, y confía únicamente a sus solas fuerzas (es el caso del hombre como fin supremo del hombre), se vuelve en contra del mismo hombre y lo aplasta, o, mejor dicho, lo vela, precisamente porque éste, al apoyarlo todo sobre sí mismo y sobre el mundo, traiciona su vocación fundamental, pierde la luz de lo infinito y se *empequeñece*, diría Dostoyeski, poniéndose al nivel de la tierra”.

Así nos muestra en el segundo de sus ensayos, como, bajo las banderas del liberalismo y el marxismo, con una visión inmanentista, se ha producido una lucha de egoismos, en la que ricos y pobres, “se enfrentan en una lucha sin cuartel, lucha *religiosa*, dado que el paraíso es la tierra y la libertad la satisfacción de las necesidades y deseos, *teológica*, de esa tremenda *teología*, cuyo Dios maldito se llama Dinero. Sísifo apuesta por sí mismo y en el esfuerzo de subir la montaña, vuelve a caer pesadamente sobre sí mismo”.

Se olvida, en esa lucha, lo principal: “El verdadero malestar de la sociedad no reside en que existan ricos y pobres, sino en que nadie se sienta pobre de espíritu para con el mundo y rico en el mismo espíritu. La gran cuestión del hombre no es social ni económica; es otra muy distinta: la de si Dios existe o si Dios no existe. Así, pues, que Sísifo continúe llevando peñascos a fuerza de brazos, pero que suba al Calvario y apueste por Dios. Si Dios no existe, le desaparece al hombre su más alta dignidad: no le queda más que ser imagen de sus deseos, cosa entre las cosas que quiere poseer todo cuanto quiera”.

Es inútil pretensión la de colocar a Dios al final de la evolución

meramente humana —es decir en adelante, en el Punto Omega, como diría Teilhard de Chardin—, pues, como precisa Sciacca, “se trata de un Dios que no es Dios, sino que es, en el fondo, el mismo proceso del pensamiento y de la realidad en el límite de su desarrollo, o un Dios como concepto límite de ese desarrollo. Un Dios virtual, pura intención proyectada en el futuro, es un Dios imposible, una emergencia, como el Dios de Alexander; una emergencia *incomprendible*, añadimos nosotros”.

Ese sería un pseudo-Dios que nos dejaría en el inmanentismo de nuestra propia evolución de la que sería el *acabamiento* de la obra de la humanidad. Esfuerzo inútil, pues, como el propio Sciacca dice páginas antes, cuando se acepta el prejuicio inmanentista, “se ha admitido todo”; antes o después, caerán los “superiores valores morales y humanísticos” que el hombre autoproclame, pues tal “humanismo”, “vendrá a ser tiranía de máquinas y de sociedad mecanizada, violenta política, dictadura, guerra de exterminio; es la fatiga de Sísifo que apuesta por sí mismo. Para vencer al marxismo, es preciso que Sísifo suba al Calvario. El marxismo se combate de raíz: rechazando el inmanentismo”. Este es el palenque decisivo, al que aludió una nota de nuestra redacción en VERBO 175-176 (pág. 552).

La segunda parte de su libro la titula Sciacca SÍSIFO APUESTA POR DIOS. Los ensayos en ella recogidos, explica en el prefacio, “se proponen demostrar que el esfuerzo humano, cuando se dirige a Dios y converge en El por medio de mil caminos y de tantos recursos, es elevación del hombre en la *verticalidad* del pensamiento, cuyo fin es el Absoluto salvífico”.

En el último párrafo del prefacio, Sciacca explica: «Estas son, en la actualidad, dos “caras” de nuestro tiempo: la cara del tiempo que trata de encontrarse en sí mismo, con lo que se pierde y se agota, y la cara del tiempo que aspira a verificarse en la eternidad, la cual lo trasciende y, sin embargo, le está presente y lo vivifica como tiempo interior de la conciencia, como ritmo de la libertad espiritual en busca de su liberación suprema. El último, ensayo, exposición de un aspecto de mi pensamiento personal, pretende ser, de acuerdo con la dialéctica de la implicación, un intento de realizar una síntesis

superior, dirigida a "existencializar" la existencia, a fin de que no se disipe en su fragilidad ni se anule en la pura temporalidad».

Pero para ello, el hombre herido por el pecado original, necesita de la gracia de la Redención. Necesita de Cristo, y en El tiene el camino, la verdad y la vida. Si le sigue, como concluye la segunda parte y el libro: "Sísifo ha subido al Monte Calvario; su fatiga, con la ayuda de El, ha sido útil".

El libro de Sciacca, del que no tratamos de hacer la recensión, pero que sí nos sirve para evocarle expresivamente, fue editado por Luis Miracle S. A., en Barcelona, impreso en Andorra por la Editorial Casal i Vall en noviembre de 1964. Hoy se halla totalmente agotado. Por ello, creemos muy conveniente y útil reproducir, en esta conmemoración, uno de sus capítulos más significativos, y así lo hacemos a continuación con el capítulo II, *Juicio crítico de la teoría marxista de la libertad como liberación de la necesidad*. Con ello la presencia viva del maestro la extenderemos ante los ojos de los nuevos lectores de VERBO, mientras que nosotros la revivimos y gozamos de su recuerdo, con gratitud incancelable.